

Paso a paso hacia la vida.

Pilar Beamud Nieto

La presente edición, tanto de textos como de imágenes,
es responsabilidad exclusiva y absoluta de sus autores.

Colabora con la edición:

DIPUTACIÓN DE CIUDAD REAL

Edición digital realizada por
Imprenta Provincial, Ciudad Real

A mi amigo y paisano:

*D. Gregorio Martín Villalón por su
opinión sobre estas páginas.*

*A mi hermana mi fiel compañera por
todo. . . .*

A Manolo que lo vivió muy de cerca

*A mi amigo César sin el que no hubiese sido
posible dar forma a estas páginas.*

*Para mi padre al que ya en su ausencia
quiero decirle la realidad que encerraban sus
palabras, que algo de mi personalidad es
suya, cada día descubro algo nuevo en él.*

PILAR BEAMUD NIETO

HISTORIA DE MI TRASPLANTE

Se terminó de editar
en octubre de 2014

Puerta de Hierro, 15 de Abril de 2009

Nací un 27 de Abril de 1959 en la c/Cádiz nº 27 o 29, donde me crié y de la que salí cuando me casé. En Almadén, mi pueblo.

Quiero empezar este paseo por mi vida con el ingreso en el Hospital Puerta de Hierro de mi cuñada Manoli, hermana de mi entonces prometido. Sufría problemas cardiacos y era su primera intervención quirúrgica: un cateterismo.



Manoli, mi cuñada

Pasados unos 9 años empeoró, ingresó en enero de 1985-86 fue intervenida pero no tuvo suerte, no salió de la UVI aunque tuve la oportunidad de darme cuenta de lo mucho que me quería. Durante los 12 días de su permanencia allí, yo pasaba todos los días y su hermano también, hablaba con ella por medio de papel y lápiz, ya que le habían practicado una traqueotomía, escribía la criatura: quería que pasara la Pili (esa era yo).

Allí, en esa sala, durante esos 12 días, conocí a la hermana y esposa de un trasplantado, que eran de Valladolid.

Un día estas dos señoras me permitieron acompañarlas para verlo a través de los cristales; entonces era muy aparatoso, nada que ver con la actualidad; ¡qué experiencia, qué ilusión, qué esperanza! Expresar las emociones que pasaron por mi mente es imposible, tenían una mirada luminosa y, cuando se acabó la visita, nos miramos y como impulsadas por un resorte, dijimos casi a la vez: "Nos hacemos donantes". No era una pregunta, era una afirmación. Y así lo hicimos. Yo contaba 17 años. Mi cuñada no superó la operación y falleció el 27 de Enero. Fue entonces cuando conocí al doctor Alonso Pulpón, muy joven. Salió para comunicar a la familia que la niña había tenido un paro cardíaco pero yo me encontraba sola, los demás habían ido a

comer. Era mi primera experiencia en estos terrenos, me quedé muda.

Tengo los DNI de estas dos señoras con sus firmas en mi carnet de DONANTE, y este fue mi primer contacto con una experiencia que me vigilaba tan de cerca y que me ha llevado PASO A PASO HACIA LA VIDA.

Como si fuese una fuerza interior, me acercaba a un mundo que luego sería el mío, el interés me llamaba sin saber por qué, de hecho realicé seguimientos de las intervenciones del Dr. Barnard, en la tele, siendo bastante joven, pues para mí era algo apasionante. Curiosamente el primer libro que compré fue "El cuerpo humano". Podía tener catorce años.



Santiago y Pilar, mis padres

¿ Cómo se llega ?

Nadie está exento de sufrir un problema cardiaco y quien lo padece tampoco debe de tener una edad o unas circunstancias determinadas para experimentarlo: llega, se instala y vive contigo.

En todos estos años he tenido días en los que los síntomas podían ser de diversas cosas, me mareaba, tenía dolores muy raros, en uno de mis ingresos en Puertollano por esos síntomas me diagnosticaron úlcera en el duodeno, estuve mucho tiempo en tratamiento pero me recuperé bien, aunque algunos síntomas seguían y ya no era del estómago.

Es evidente que la experiencia de tantos años es muy extensa tanto en ingresos como en momentos vividos junto a las personas que han estado muy cerca de mí, estas páginas tan solo pretenden ser un resumen de mis vivencias por si pueden servir de apoyo. Como es lógico, resumir algo tan intenso en unas páginas que no lleguen a ser aburridas pero si comprensibles.... para mi es..... difícil, claro que tengo episodios para recordar y llenar muchas páginas tantas como días pasados, intento que sean lo más positivas posibles

aunque para las personas que estén pasando por ello saben que no es fácil y muy desagradable.

Ves cómo pasan los días y años y que se van haciendo más tuyas todas las frases que en un primer momento no tienen significado o que las ves muy lejanas.

También van dirigidas a ti, sí a ti que lees estas páginas, sin saber cómo soy, cómo pienso y qué siento.

A partir de aquí te voy a dejar que entres un poquito en mi vida y permíteme que yo entre un poquito en la tuya.

¿Sabes que significa DONAR, SER DONANTE? Generosidad, amor, querer dar sin recibir, quedar en el anonimato más grande que puedas creer, pero con un mensaje, el más grande, DAR VIDA.

Saber que con ese último acto vamos a hacer tanto bien. Vamos a hacer que alguien que se debate en desesperación y que quiere tener esperanza, tenga una oportunidad, la de VIVIR. Eso está en nuestras manos.

Ya sabes que yo me hice donante muy joven viendo en un hospital lo importante que podemos ser para esas personas que quieren otra oportunidad, yo ya he estado en las dos partes DONANTE Y RECEPTORA, y es lo más grande que me ha

ocurrido: dar esperanza e ilusión, sólo por dar algo que no nos va a hacer falta pero sí a otros.

Alguien que no me conoce, que no sabe nada de mi, decide, a través de su hijo, devolverme lo que había perdido; así, sin más, me da LA VIDA.

No te conozco, pero te siento; vivo por ti, veo por ti, respiro por ti y me muevo por ti. Sí... nos conocemos, te siento, y me abrazas, me dices: ven, sin ver tu rostro, ven no tengas miedo y en tu abrazo siento una paz y una tranquilidad...

Si tú me lees y estás pasando por esta situación no desesperes que es cierto que se pasa muy mal pero mira, ¿ves cuánta vida hay después? Tanto si lo das como si lo recibes.

Es un camino largo y pedregoso pero no hay que mirar atrás, solo hacia delante y contar siempre un día menos. Siempre hay alguien que está peor que tú y es posible que peor, sin esperanza.



Real Hospital de Mineros de Almadén

Me ha ayudado mucho mi forma de ser, nunca he sido negativa ni en los peores momentos y los hay, y muchos...

Ser positivo nos ayuda más, yo lo he visto en el hospital, compañeros que te cuentan su situación y pensaba "este está peor que yo", ¡qué ilusa! no veía la realidad, de hecho fui la primera en llegar, pero no decaí, y procuré que tampoco lo hicieran los míos por verme mal.

Hay que luchar en muchas batallas: lo cotidiano, la familia, los amigos; cada uno lo vive a su manera, otros ni lo viven, pero nadie ve en realidad cómo estás, qué piensas, qué

sientes, de donde se sacan fuerzas, porque tratas de que se note poco, que no vean que estás muy mal, disimular... Creo que, en definitiva, es una defensa para no ver tú misma como estás, como te apagas, cómo ves día a día que las fuerzas te faltan, que no tienes ilusión por nada, solo por pasar unos minutos con los más allegados; sientes mucha pena, mucho dolor, por ver que no todos los que tu quieres están a tu lado, pero incluso esas cosas hacen que tú te creas más fuerte, pero no es cierto... ya no tienes fuerzas.

Con estas palabras sólo pretendo aportar, a partir de mi experiencia, un rayito de luz para todos aquellos candidatos a trasplantes y familiares para que no pierdan la esperanza, la ilusión, las ganas de luchar y de superarse; sólo hay que mirar hacia adelante, porque es posible: damos prueba de ello todos los que ya estamos descubriendo, día a día, el milagro de nuestra VIDA, gracias a la generosidad de las familias de los donantes que, desde su anonimato, nos devuelven las ilusiones de vivir, luchar... ¡Merece la pena!

Empezaré por decir que me cuentan mis padres que cuando contaba solo tres años tuve un problema de salud, que por los síntomas que describen pudo ser el origen de todo lo que estaba por venir. Fui atendida en el HOSPITAL DE MINEROS por el Dr. Cañero (espero no equivocarme de nombre). De allí me derivaron al hospital de Ciudad Real. Allí ingresada me

harían las pruebas pertinentes pero parece ser que mi corazón falló y por unos minutos pensaron los doctores que me habían perdido; pero no, empecé de nuevo a respirar y Por los síntomas que me cuentan parece que tuve un pequeño paro cardiaco, o no, pero según los médicos dejé de respirar y pensaron que ya me había marchado. Pero no había llegado mi hora, empecé a respirar... hasta hoy.

Esto ocurrió un 16 de Enero de 1962, un día muy especial, era el cumpleaños de mi padre y yo su única niña (niños ya eran dos, no por ello menos importantes); en resumen, me había marchado, puedo ponerme un poquito en esa situación ya que yo también soy madre.

En mi historia, hay muchos protagonistas; todos, desde nosotros mismos hasta la última persona que ha pasado por mi vida en esos momentos. Una palabra de aliento, una mirada de comprensión, una mano que tanto transmite, un abrazo... Eso nos hace falta a todos; alguna falla, pero eso sí... tampoco esa me ha hecho falta, aunque se echa tanto de menos... te hace tanto daño... pero siempre, en todo momento, el mayor pilar en el que me he volcado ha sido mi hermana.

Hasta mis 27 años no sospechábamos nada y, si había tenido algún síntoma, nunca se relacionó con este órgano.
¡Impensable!

Las primeras palabras que oí sobre este tema fueron en Valdepeñas. Mi ginecólogo, D. Miguel Aparicio, observó después de someterme a varias pruebas que había algo en el ovario derecho y mandó hacerme un legrado para ver exactamente qué había. Para esas pruebas me ingresó en el Hospital de Valdepeñas (en esos años vivíamos allí).



En las Lagunas de Ruidera

La enfermera entró en la habitación para realizarnos un electrocardiograma a mi compañera y a mí. El de mi compañera salió perfecto, pero conmigo falló la máquina. Luego de desarmar el compartimento del papel, etc. etc., siguió dando errores y me preguntó si **padecía algún problema de corazón**. Evidentemente, mi negativa no le dejó dudas y procedió a hacer el electro, con fallos y todo.

Mi opinión después de aquello es que quizás debería haber hecho otro tipo de comprobación, ya que iba a ser sometida a anestesia general. El Doctor Aparicio me practicó el legrado. Al despertar tuve algunos problemas, no reaccionaba, tardaba en despertar, pero parecía algo puntual; con su diagnóstico nos comunicó que me tenía que someter a otra operación, ésta de ovarios, pues me habían detectado tres quistes. Le comentamos al Dr. Aparicio la posibilidad de hacer, al mismo tiempo, una ligadura de trompas ya que el traumatólogo que me llevaba en Madrid, el Doctor Pérez Clemente -este Doctor ejerció, siendo yo niña, en el Hospital de Mineros de Almadén, y, cosas del destino, pasados los años fui a parar a él-, comprobó que tenía hernias en la columna y nos recomendó no tener más hijos, bueno, a mí, claro está. Había que hacerlo, así es que me operó y todo salió bien conservando el ovario y practicando el ligamento de trompas.

A los pocos meses empecé a sentirme mal (nada que ver con esa intervención), que si el estómago, que si la tensión muy baja y agotamiento. Siempre hay alguna causa para que vayamos retrasando la visita a los médicos. Una mañana que no me encontraba bien fui al Centro de Salud de mi pueblo, Almadén, estaba un doctor joven haciendo alguna suplencia, me tomó el pulso y creyó conveniente hacerme un electrocardiograma. De ese día vino la frase “APARTE DE TU PROBLEMA DE CORAZÓN”. Él me dijo esa frase, yo empecé a reír, negando esa posibilidad, pero tanto insistió que, al comentárselo en casa al entonces mi marido, barajamos la posibilidad de consultar con un cardiólogo.

Nos enteramos que un cardiólogo pasaba consulta en el Hospital Provincial de Ciudad Real, el doctor D. Luis Ruiz Valdepeñas; se pidió cita y una tarde nos recibió.

Me estaba realizando un ecocardiograma y algo me pasó: me mareaba, no me encontraba bien; él se sorprendió, bien por lo que veía en la pantalla, o por los síntomas, y la cara que se me puso, nos dijo que debía ingresarme, que me recomendaba no moverme, le comentamos que teníamos Seguridad Social, pero insistió, por mi bien, que no me moviera, que solo serían tres días; decidimos que me quedaba y regresaría más tarde. Había que ir al pueblo a recoger los mínimos enseres para el hospital, pero aconsejó que no me

moviera como ya he comentado; sentí tanto miedo, no sabía qué pasaba porque no veía nada claro... eso no me podía estar pasando a mí!!!

Me quedé y enseguida me conectaron a una máquina que supongo era la telemetría, aunque era más aparatosa aún. Estaba conectada por unos cables de varios metros a esta máquina para moverme por la habitación. Mi marido (entonces) se marchó para recoger las cosas y a la persona que estaría conmigo, mi hermana; mis hijos eran muy pequeños y se quedaron con mis padres.

Esa misma tarde vino mi hermana al hospital.



Con Nines, mi hermana

Aquí empieza una peregrinación por los hospitales; mi hermana era muy joven, sólo tenía 17 años, y me ha acompañado en todo este camino, hasta que mi hija ya mayor empezó a hacerlo en combinación con ella en algunas ocasiones, pero por vivir en la misma localidad siempre le ha tocado a mi hermana. Se ha tenido que tragar muchas lágrimas y controlarse mucho para que no me preocupara; siempre sabía más que yo, porque era con ella con quien hablaban los médicos. Les pedía que me dijese lo mínimo a mí para evitar que sufriera y se lo tragaba ella.

Tras unos días de ingreso resolvieron que necesitaba un cateterismo, pero en Ciudad Real no se hacían. Don Luis ya sabía algo, de hecho creo que ya sabía cuál era mi enfermedad. Por medio de una enfermera de mi pueblo, Miguela, que trabajaba en Puerta de Hierro me facilitó los trámites para hacerme mi primera prueba de esfuerzo; fue triste porque fui sola...

El doctor que me la hizo era muy joven, me preguntó si no me acompañaba nadie, “por si había alguna complicación”. Le dije que no; eso me puso en ascuas, empezaba a asustarme, ya que empezaban los ingresos y conocer a muchos especialistas.

Los resultados de la prueba parece ser que salieron normales, me dijeron que no tenía nada. Mis ingresos en

Puertollano se sucedían y siempre me marchaba igual: a casa con un pinchazo y una pastilla bajo la lengua. Sinceramente, no era consciente de que cada vez era un paso más.

El doctor que entonces ejercía en las Minas de Almadén, D. José (Pepe para los amigos), compañero de mi entonces marido, nos habló de un supuesto cardiólogo en Madrid de la clínica Rúber, el doctor Zarco. Esto debía de ser entre los años 1988 y 1990, ya no recuerdo. Se pidió cita y nos desplazamos a Madrid una tarde. Llevábamos incluso una carta de recomendación (carta que la enfermera nos pidió, incluso preguntando quién nos había recomendado, ¡cuánta parafernalia!). Me practicaron unas pruebas en dicha clínica; creo que fue un eco, electro, analítica y nada más. Nos llamó la enfermera para el GRAN DIAGNÓSTICO, que fue que no tenía nada, ¡¡que hiciese vida normal, y punto!!

“...ESTO PUEDEN SER POSIBLES SECUELAS DE UNA POSIBLE DIFTERIA QUE CUENTA LA PACIENTE SUFRIO DE PEQUEÑA...”.

Nos quedamos con el mal sabor de que un médico que tenía allí cierta fama, en una clínica tan famosa, se limitase a decir eso, cuando muy poco tiempo después si vieron lo que había. En el HOSPITAL DE LA PAZ.

Regresamos a Almadén y la vida siguió cada día con más sobresaltos. Nuestro médico de cabecera, D. Gonzalo, después de llevarme esos años y atenderme en varias ocasiones por urgencias, decidió enviarme, preocupado por la cantidad de ingresos y mi temprana edad, 34 años, a uno de los cardiólogos del Hospital de La Paz, en Madrid, que era íntimo amigo suyo, el doctor Sobrino. Me dio una nota para explicarle, supongo, los síntomas que llevaba años padeciendo. Lo llamó y yo me fui a Madrid; ese mismo día, después de mantener una charla conmigo, me ingresó. ¡Qué serio era! Al quinto día, viernes 21 de Octubre, me practicaron un cateterismo. Fue el primero, y por el riesgo que pudiera tener vino toda la familia: mis padres, mi tío Leandro y su señora, algunos primos, mis hermanos, mis hijos... en fin, todos. De verdad que, bien por mi juventud, o porque es cierto que se pone un velo, yo no era consciente de nada.

Algo pasó durante la prueba y tuve un paro cardíaco, aunque tenía un gran equipo a mi lado que me sacó de ese trance; recuerdo que yo era consciente en dicha prueba, ya que, como sabemos, es con anestesia local. Solo recuerdo que dije “me mareo”. Me dieron una descarga, según me contaron, y listo... tuve suerte, ese gran equipo estaba conmigo, pasé a la UVI. Allí estuve dos días, luego pasé a planta en la que estuve un mes en el Hospital, con el diagnóstico de miocardiopatía dilatada, en otras palabras, era CANDIDATA A UN TRASPLANTE

DE CORAZÓN. Aunque no todas las miocardiopatías tienen que ser trasplantes. Digo yo.

Mi hermana como siempre estuvo conmigo. Cuando la doctora Maté le comunicó el resultado a ella, ya que primero hablaba con los familiares, le pidió que a mí no me dijera nada; es cierto que quienes tenemos que cuidarnos somos nosotros pero mi hermana no quería que yo oyese eso, claro, si para ella era fuerte para mí fue un mazazo.

Nada más salir de su despacho se quedó en el pasillo rota de dolor; después supe que lloró hasta que no le quedaron lágrimas. La doctora pasó a la habitación y me lo comunicó a mí. Asimilar ese diagnóstico, con mi edad, es difícil.

Yo no alcanzaba a comprender esas palabras porque me veía bien; llegué a pensar que se equivocaban, que no era yo.

Al estar ya en planta sin sueros, mi hermana se marchó como es lógico, y aunque tuve unos compañeros estupendos, se echa mucho de menos el calor de los tuyos.

Allí conocí a varios compañeros, muy en especial a Isidro y señora, a María, y Juan, su marido esta compañera de habitación. Isidro era un encanto, tendrían unos sesenta años. Era un ángel, sencillo, amable, cariñoso, transmitía buenas

sensaciones y mucho cariño y respeto. Han pasado los años pero su cara todavía puedo verla.

Se hacía querer. Una mañana entró en la habitación muy contento, me había hecho una poesía, que aún conservo, aunque solo en mi mente, y que no he podido encontrar para añadir a esta historia, con su manera de ser, sus mimos hacia mí por ser la niña de la planta; me ayudaron mucho, en cuanto se levantaba iba a visitarme para reír un rato, tenía una mirada tan sincera... tenía algo especial.

Su señora, Angelines, derrochaba amor hacia él: cómo le miraba, María, mi compi de habitación, era tan buena... Juan su marido, estaba el pobre al servicio de todos: ayudaba en lo que podía, tenía a María entre algodones, ¡tenía una ternura!. He tenido mucha suerte con las personas que han compartido sus dolencias con las mías. Recuerdo cada ingreso todas las caras, bueno solo las agradables, no puedes hacer caso de muchas cosas de las que nos dicen los acompañantes de otros enfermos. En uno de mis ingresos en Ciudad Real, una mujer joven, sin nada de tacto y menos de sensibilidad, después de preguntarme cuál era mi enfermedad cardiaca, solo se le ocurrió decirme: "uf, eso lo tenía un amigo de mi padre, se murió a los cinco años" ¡¡¡pobrecita!!!

En otro de mis ingresos, al salir de alta, me habían mandado los parches de nitroglicerina: qué mal al principio,

qué dolores de cabeza. Cuando me estaba acostumbrando, me los quitaron, cambiaron la medicación.

UNA LECCIÓN

Soy como el agua, como el ave

Me gusta mi libertad.

Gritar a los cuatro vientos

Que un día intenté volar.

En mi vuelo no veía

Que podía tropezar!!!!!!

Tropecécaí y me volví a levantar.

Aprendida la lección.....

Ya no volveré a volar.

Pero gritaré a los cuatro vientos.

Que aún quiero esa libertad.



Marta y Sonia mis sobrinas

Octubre de 1994 Hospital de la Paz

Para Isidro el Poeta de la Planta:

**En la habitación entraste
Dando muestras de alegría
Y con lo que escribes dices
¡hay que aferrarse a la Vida!
Y a la mía yo lo hago
Como a un clavo ardiendo lo hago
Tengo que seguir viviendo
Por lo que lucho quiero y amo
Me falta algo esencial
Pero tengo en quien volcarme
Unos hijos maravillosos**

**Hermana... y padres.
Quisiera que guardases esto
Que te sirva de recuerdo
Y pasados los años leas
que amor a la vida es lo nuestro...”.**



Mis sobrinas, las llevé a la Ciudad de Hielo

En memoria de Isidro y la seña María:

**Aún recuerdo, querido Isidro,
Tu figura y voz por el pasillo
De nuestro Hospital de la Paz;
Paz y sosiego os deseo,
Y aunque verte ya no puedo,
Seguro que alegras el cielo
Con tu infinita bondad.
Dime... ¿Cómo te encuentras?
Y la seña María, ¿cómo está?
Recordad de aquí todo lo bueno,
A nosotros... sólo nos queda recordar...**

Lo cierto es que a ver cómo te tragas una cosa así con treinta y cuatro años, dos hijos pequeños y muchas cosas por hacer. Por esos años vivía en mi piso en la calle Antonio Blázquez, que pasados unos años tuve que vender, por los acontecimientos que luego se desencadenaron en mi vida; había dado un giro de 180 grados.

En el año 1993 nos separamos y tuvimos movimientos.

El problema para encontrar trabajo en mi pueblo era difícil, encontré trabajo (por decir algo) en una empresilla que era una cadena de ropa interior femenina; me levantaba a las 4,30 de la mañana. Me destinaron a una remalladora, todo lo que yo había visto era una máquina de coser pero me enteré rápido. Pasó el primer mes y el dueño no pagaba, pasó mes y medio y una mañana enfadada por no cobrar me planté en medio del tallercito y dije a mis compañeras que no trabajaba. Secundaron el paro, pero cuando el jefecillo llegó y vio la situación llamó a su padre; éste me trajo solo lo del mes, unas 56.000 pesetas, y me dijo que me pusiera a trabajar; como me faltaba dinero dije que me iba, y me fui.

Creo que fue en el curso del 94/95: se marchó Victor, mi hijo, a Guadalajara, al Duque del Infantado. No se hizo al

colegio y se cogió un piso para que yo me fuera con él y terminar el curso; así se hizo.

De vuelta en Almadén, con el sí y el no, empecé una nueva relación con Diego, un chico del pueblo. Fueron 4 años y algo los que estuvimos, pero la mala fortuna se cebó con él: en la obra de su casa, por una avería, se electrocutó tratando de ver algo. La primera semana se quedó allí mi hermana con las niñas, eran pequeñitas, y nos ayudaban a superar el trago.

Con la situación que tenía había que decidir salir a trabajar.

Vendí mi piso, después de haberle hecho una buena reforma, perohabía que salir.

Me tuve que marchar a buscar trabajo fuera de mi pueblo. Estuve en casa de mi hermana, ya vivían en Ciudad Real, hasta que encontré trabajo en una inmobiliaria. ¡Qué tiempo tan feliz! Estaba con mi hermana y mis niñas, sus hijas. No pasó mucho tiempo y me marché a un piso de alquiler.

Allí una noche me dio un dolor tan raro que no sabía como calificarlo; fue el primero o el aviso de lo que me esperaba.

Mi hija estaba en Madrid interna en el colegio Santa María del Camino; mi hijo se quedó conmigo, en Ciudad Real,

quiso salir de nuevo porque su hermana esta fuera y se probó que estuviera en el colegio de su hermana. Se consiguió aunque no sé si llegó a terminar allí el curso. Después de ese curso estuvo en una casa particular, después en el Colegio Pinosierra y de allí ya estaba yo en Ciudad Real y volvió conmigo. y es cuando nos quedamos ya en Ciudad Real.

En estos años son ya muchos los ingresos y en los que empiezo a oír la palabra (anginas de pecho).



Víctor y Pilarín, mis hijos

En uno de mis ingresos es cuando, después de años, vuelvo a tener contacto con el doctor Luis Ruiz Valdepeñas, quien me recordó que ya me había visto anteriormente. Yo no lo recordaba, había cambiado mucho, supongo que como yo; él me reconoció por el apellido BEAMUD y al ver mi historial. ¡Gracias, D. Luis!

En este gran Hospital me han llevado, junto con el de Puerta de Hierro, unos equipos de profesionales que siempre recordaré:

Dr. Ruiz Valdepeñas

Dr. Celemín

Dr. Camacho

Dr. Laín

Dra. M^a Ángeles Pérez Martínez, que me hacía las ecos.

En una ocasión estaba ingresada y, por un problemilla ajeno a mi, tuve un cuadro de ansiedad. ¡¡Qué mal se pasa!! Estaba en planta ese día el Doctor Celemín, pasó a la habitación se sentó en una silla y con mucha tranquilidad empezó a hablarme y hacerme ver que todo era por nervios y así consiguió que yo empezase a respirar bien y así mejorar, no sabía que con eso se pasase tan mal.

Siento no recordar el nombre de una de las doctoras, con el pelito corto, estaba en urgencias y tenía título de natación, me suena algo del estrecho. Estuve varias veces en la UCI–UVI, y ahí me pierdo. Esa vez seguro que dio claro un poquito infarto. Allí estuve días, lo pase muy mal pues me repitió y me pusieron morfina, ¡qué sensación tan mala! A los dos días volvió a repetir, otra vez morfina.

Eso sí, cuando salí de allí yo me encontraba muy bien, tanto que mi hermana y yo nos fuimos a la calle después de una ducha. Me sentía muy bien de cada ingreso al salir he querido beberme la vida en un suspiro, mirando hacia el cielo, dando mil gracias.

Siempre me he sentido protegida y cuidada con estos grandes profesionales; entonces era el Hospital del Carmen y ahora es el Hospital General. También he tenido oportunidad de comprobar que no todos los que se ponen bata blanca son doctores.

He tenido la gran suerte de haber conocido a personas que han aportado a mi vida algo positivo como es el caso de D. Francisco Rodríguez, Paco, director del Centro Base, al que conocí por medio de unos amigos comunes que trabajan en Ópticas Navarrete, donde estuve trabajando en alguna ocasión y a los que le estoy muy agradecida por su comportamiento conmigo y por el humor que tienen casi todos, Hilario, Jorge,

Carlos, Mariví, M^a Ángeles, Quines, Pilili, Mamen, Roberto, Antonio y el último en llegar, Rodrigo, así como "los jefes" Juan Ignacio y M^a Eugenia.

Me he ido del tema: estaba con Paco. Como decía, me ha escuchado muchas veces y me ha aclarado algunas cuestiones; sé que está ahí, cuento con él..., gracias Paco.



Pilarin, Victor, Adrian, Elena, Marta y Sonia, mis hijos y sobrinos

En los ingresos no pueden hacerse idea las personas que nos atienden en esas condiciones, cómo llevamos los sentimientos y lo que significa para nosotros sentirnos comprendidos, apoyados y escuchados; lo nerviosos que

entramos por saber que nuestro corazón está fallando, que la enfermedad no se detiene y avanza, que la vida se nos va.



Hospital Puerta de Hierro

Cuántas horas tengo pasadas en esa puerta cuando hacía buen tiempo... claro nos dejaban salir, cómo se agradecía el aire fresco y mirar los pajarillos que se daban su baño de tierra. ¡¡¡Cómo se disfrutaba de esas pequeñas cosas!!!

Creo que fue por 2000-2001, me derivaron al Hospital Puerta de Hierro para que me tratase el equipo de Cardiología de Trasplantes que aún me lleva. He ido conociendo poco a poco a todos los que hoy forman el equipo.

En Enero del 2001, trabajando en la inmobiliaria, íbamos a tomar café tres o cuatro veces al día al bar que estaba al lado de la oficina, incluso a cenar un bocata. Allí conocí a Paco, era el cocinero, nuestra amistad fue grande desde ese día, más tarde conocí a Javier y asistí a su boda; un día precioso con recuerdos muy entrañables. De entre los reducidos invitados que asistieron, quisieron que nosotros compartiésemos esos momentos en el comienzo de su nueva vida, gracias a los dos.

Me vino muy bien acudir a este enlace, ya empezaba a empeorar y me movía con dificultad. Lo pasamos estupendamente, el entorno era precioso, en su parcela, en el campo, que la tienen de ensueño; la elegancia se respiró en todo momento.

Nunca he asistido a una ceremonia y celebración más bonita que esa, era diferente y diría que mejor, elegante, sencilla y mucho cariño. Tengo que decir que la foto no nos hace favor; lo bueno es estar, ¿no?



Boda Javi y Paco

En el Hospital Puerta de Hierro, en mi primer ingreso, conocí a mis compañeros de fatigas: Miguel y Mar, su señora; Andrés y Elisa, y un chico asturiano, Aníbal; este último fue a visitarme cuando el trasplante. Nos juntábamos por las noches al final del pasillo para contar chistes. Era el lugar donde nos localizaban las enfermeras para darnos los termómetros a todos. ¡Cómo reíamos! Era la hora del día más deseada y se nos olvidaba dónde estábamos y sobre todo por qué. Con todos tengo contacto y nos vemos. A Miguel le han puesto un DAI en Abril del 2011. Con Mar he reído mucho; tiene mucha fuerza, está soportando una situación delicada y dolorosa, pero es luchadora.

¡Tiene unas ganas que vaya a Zamora...! Ya iré, seguro.

El día 11 de Mayo del 2005, un golpe de los más duros de mi vida: mi padre se nos fue, sin avisar, sin un beso, sin un hasta luego.

En uno de mis ingresos en Puerta de Hierro, por el 2006, decidieron que me tenían que implantar un DAI; estuvieron allí mi hermana, como siempre, mis hijos y Manolo, mi actual pareja; cuando se marcharon por la tarde se quedaron mi hija y mi hermana.

Como no estaba muy bien, mi hermana decidió quedarse por la noche con mi hija. Menos mal: pasé la noche

molesta y respirando mal, de forma que tuvieron que ponerme aerosoles.

Por la mañana, en cuanto me vio el doctor y tras hacerme una placa, me pinchó allí mismo en el pulmón izquierdo, porque tenía un NEUMOTORAX a consecuencia de la operación. Daños colaterales; mi hija y mi hermana estaban fuera mirando por el cristal, claro, y cuando entraron, mi hija le dijo a mi hermana: "Si te llegas a marchar, me da algo".

En esas habitaciones de hospitales he pasado mi cumpleaños y también los días del Pilar, Semana Santa y Reyes: menos la Navidad, todos. Después de recuperarme en pocos días de la intervención del DAI me dieron el alta. A los 12 días de haberme puesto el DAI, luego volví a quitarme los puntos.

Allí me encontraba tan segura que no quería hacer nada que ellos no vigilasen. Nada más llegar a casa estaba mal, no respiraba bien. Fuimos a urgencias y me ingresaron a las dos de la madrugada; la doctora que me tocó decidió hacer un TAC (creo) y dio que tenía neumonía. Después de unos días con antibióticos y aerosoles, volví a casa.



Manolo



Me envió esta rosa el 27 de Abril

**En este momento de mi vida
Que me quiero sentir paloma
Volar libre, soñadora
Me siento presa en mi piel,
Y siento que no soy persona
Que la enfermedad reclama
No me da tiempo, ni calma.
Tiempo... Te escapas**

...

¿Sabe el que está sano, lo que es la enfermedad?

De la noche a la mañana, sin descanso, sin paz

Y si a todos los malestares, le sumas la soledad.

Circunstancias de la vida, yo en medio de la tempestad

Sacas fuerzas de flaqueza, que te vean reír nunca llorar.

Y en estos largos silencios ves como TU VIDA SE VA.

Tengo que recordar que el mismo día, del mismo mes y a la misma hora que me pusieron el DAI, hacía un año que se marchó mi padre.

Se estaba preparando la comunión de mi chiquitina Sonia y cuando más cerca estaba la fecha yo empeoré. Mi hermana me acompañó, pues yo ya caminaba mal, me cansaba, y cuando llegamos al hospital le pedí que se marchara, por favor, pues estaba preparando todo lo de la comunión.



Mis padres y mis hermanos. Noche Vieja de 2004

Se tuvo que aplazar la fecha porque yo seguía ingresada, pero, al final, todo salió bien. Un día precioso, la peque disfrutó mucho, estuvimos hasta la noche, fue como una compensación por lo vivido. Pero con la tristeza de no tener a nuestro padre.



Pilarín, de guardia, 12 de mayo de 2006

Como decía con anterioridad, he tenido ocasiones de ver que no todos son profesionales en Medicina. Cuando un enfermo acude al Servicio de Urgencias, sea de donde sea o de quien lo remita, no todos los que nos reciben se hacen cargo de cómo estamos; no pueden expresarse con “ya está aquí otra vez”; no se imaginan la tristeza que nos ocupa y la inseguridad de esos momentos. Sólo recuerdo el nombre del doctor que, junto a la doctora, me atendía. Era ¿? , rubio con ojos verdes y ella morena, de pelo cortito: tengo sus caras grabadas y creo que es normal.

Me pregunto si alguna vez han tenido a un familiar enfermo y preguntarles como los han tratado. Jamás voy a entender esos comportamientos en momentos tan delicados para nosotros.

En esa ocasión, después de la placa y analítica, me dijeron que estaba nerviosa y me dieron una bolsa para que respirara; yo le decía a mi hermana que algo se les escapaba: qué es lo que les hacía NO VER. ¡Yo no estoy nerviosa! Como a la mañana siguiente me tenía que ver mi cardiólogo, me enviaron a casa, y por la mañana, con la misma placa que me dieron en Urgencias y caminando con mucha lentitud, me fui al hospital. Mi doctor me ingresó: tenía líquido en el pulmón.

Era la misma placa que la noche anterior.

Y aquí empieza mi segunda experiencia negativa en esos días. Pilarín se vino unos días conmigo para que no estuviera sola. Me visitaban Manolo, mi hermana, que siempre me llevaba comida para que comiese lo que quisiera.

Estaba muy débil y también me visitaron algunas compañeras del curro. Conchi y Prado. Mi amigo Cesi, el gran desconocido, me llamaba por teléfono, los que tenemos la oportunidad de tenerle cerca tenemos un gran tesoro: la amistad existe. También Ana Valdelomar, fue la compañera con la que empecé en esa empresa y Fina



También tengo un buen recuerdo de la Residencia de Santo Tomás. Mis compañeras me dejaban siempre la mejor tarea, me cuidaban. ¡Cuanto nos hemos reído, Goya, Mercedes, con las que me tomo algún café en sus días libres! Y recordamos las risas que echábamos. Ahora nos vemos mucho: Mercedes viene más a casa y Goya prefiere los cafelitos fuera.

Nos ponemos bien de reir, están pendientes de mis pruebas y de cómo estoy. Mercedes es la que más pasa por casa, no está casada y eso hace que venga, claro. Con Goyi nos juntamos en el centro y nos tomamos un descafeinado y así retomamos nuestros quehaceres más animadas, estamos bien juntas.



Cesi, mi amigo con mi uniforme



Ana, Conchi y Prado, mis compañeras

Era por el 2005. El médico que me tocó en ese ingreso era nuevo en el Hospital (no me gustó no ver a alguno de los grandes profesionales que hasta el momento me habían atendido). Este señor, como le parecía que tomaba poca medicación, me añadió otra pastilla (omito el nombre para no preocupar a nadie que lo tome por necesidad: no era mi caso). Aparte de las diarreas que ya tenía, me provocó vómitos y unos picores que me provocaban sangre de tanto rascarme; me llevaban desayuno de diabéticos, hasta que me di cuenta que la diabética era la compañera y se habían confundido, desayuno AUN MÁS LIGERO QUE EL MIO cosa que a mí no me hacía gracia. Y hambre tenía peor de llevar.

El día que me pidió dicho doctor una analítica le rogué que pidiese además al laboratorio los valores del tiroides, pues lo había pasado hace años con mi madre y los síntomas me parecían iguales.

Empecé a perder peso, estaba más nerviosa de lo normal, tenía diarreas, en fin, un cuadro. Me sentía muy triste con estos síntomas, tuve que acudir con más asiduidad a urgencias donde no veían nada, esto hacía que lo demás empeorase.

Como veis dentro de un final muy positivo ha habido de todo. Todos, en este largo camino, tenemos de toda clase de experiencias.

En esos momentos en los que te encuentras tan mal, que tanto acudes a los hospitales, estás moralmente rota. Como iba a urgencias y allí me decían que no tenía nada nuevo, mi familia llegó a pensar que yo me creaba los síntomas, ¡qué equivocados todos!, pero, claro, yo ahora les entiendo: si los médicos no lo veían, no podían pensar otra cosa.

Como decía, con mis síntomas y haciéndole la petición de una analítica, me dijo que él sabía lo que hacía y me dejó sola. En esos días me realizaron un ecocardiograma, precisamente el doctor Ruiz Valdepeñas, le comenté a él cómo me encontraba y me tranquilizó que me dijera que no me preocupase, porque lo veían en equipo; yo no estaba conforme con este señor, llegué a perder kilo y medio en un día.

Mi hermana, como ya he comentado antes, me llevaba comida por si era que no comía en el hospital. Desde luego mejor se está en casa, pero siempre he comido bien. Tenía varias fotos que me hizo mi hija en esos días al estar conmigo, las he borrado para no verme; hay cosas que no quiero recordar.

Estando ingresada empezaron unos picores horribles. A los siete días me dio de alta, ¡qué alegría! Sin poder caminar, casi de lo débil y fatigada que me encontraba, ya en casa, aunque peor de salud, logré enterarme dónde pasaba consulta el doctor Ruiz Valdepeñas y pedí cita. Me vio. En cuanto le

enseñé cómo estaba de arañosos y los síntomas que tenía, me pidió una analítica. En cuanto tuvo los resultados me retiró la PASTILLITA, y me dijo que me tenía que ver un endocrino porque tenía HIPERTIROIDISMO. Sí, señor E. F. B.

Me mandó mi médico de cabecera a esa unidad, pero me daban para meses; entonces hablé con Puerta de Hierro y me dijeron que me fuese por Urgencias, dado mi estado y claro que tantas pulsaciones no me favorecían; ingresé, y, al día siguiente por la mañana, empezaron con la medicación que, poco a poco, fue disminuyendo. Esos días, y a partir de entonces, mi estado empezó a decaer con más rapidez, o al menos así lo viví.

Fui en varias ocasiones a mi revisión de endocrino, a Puerta de Hierro, pero cada vez estaba peor; ya no podía apenas caminar distancias más o menos largas, en el metro ya no podía desplazarme.

Por lo que decidimos que fuese en Ciudad Real, empezaron a llevarme y estoy muy contenta. Primero, la Dra. Gema, que es de mi pueblo, a Piedad, su madre, la veo por Ciudad Real; después, el doctor Aguirre, que estimó conveniente darme el YODO RADIATIVO para cambiar de hipertiroidismo a hipotiroidismo, aún me trata y me encuentro muy segura: es muy cercano, se preocupa de cada caso como si fuese único. ¡Gracias, Dr. Aguirre!.

También recuerdo a D. Antonio, médico que me vio en Urgencias en más de una ocasión; primero en el Hospital del Carmen, luego en el General. Charlaba conmigo y en alguna ocasión, cuando estaba peor, lloré con él; me decía que vivir sola no era lo más adecuado. Lo veo muy a menudo pero claro él no me reconoce.



Nines, Adrián y Santi, mis hermanos

**Hace tiempo que escribí:
Hay que aferrarse a la vida,
Y, aunque los años pasan,
Señor, lo mismo te pido:
Déjame vivir, sentir, quiero
Vivir la vida.
Sentir que la vida me llena,
Que puedo dar y recibir.
Déjame, Señor, vivir.
Aquí, donde todo se paga,
¿por qué te ensañas conmigo?
A nadie le causo mal,
¿no crees que he pagado ya?
Ya no quiero sufrir más,
quiero Amar y que me Amen,
como mujer, pero mucho más como madre.
Ya no puedo dar más;
van a comprender tarde.**

Estos últimos años han sido vividos prácticamente en los hospitales y tengo que decir que se convierte en una cápsula dónde estás segura; más en el de Puerta de Hierro, ya que me veían con más frecuencia por mi empeoramiento, pero no me queda más que aceptar lo que tengo aún sin acabar de entenderlo. Como estas tan metida en la historia creo no veía la realidad, trataba de ocultar síntomas y eso me ha ayudado

He pasado muy, muy buenos momentos con mi familia y amigos, aunque los dos últimos años han transcurrido entre casa-hospital-casa, cada día más limitada aunque por mi carácter he ocultado lo más posible cómo me encontraba en realidad.

En 2008 ya era total mi dependencia de los Servicios de Urgencias, tanto del pueblo donde ahora vivo como de Ciudad Real; en muchas ocasiones los doctores David y Cristian Avon, a los que agradezco su cercanía y las atenciones y preocupación que demostraban y demuestran al atenderme y en el seguimiento que llevan.



En Tarifa con Manolo y “Quillo”

Además del profundo respeto que siento por ellos les tengo mucho cariño porque, como L’Oreal, ellos se lo merecen. En una de mis biopsias el doctor que la realizaba me refirió, hablando del pueblo en el que resido, que él conocía a dos hermanos; ahí salté, pues intuí que me hablaba de los doctores AVON, y así era, ¡qué alegría me dio!, le comenté que ellos me llevaban y me dio recuerdos.

En este punto de mi experiencia me acuerdo de una anécdota que sucedió, ya pasado el trance del trasplante, y que a los doctores Avon les causó la misma sensación de perplejidad que a mí: ocurrió el día 5 de Enero del 2010, a las 15.30 de la tarde, me encontraba mal, con taquicardias, llamé a Puerta de Hierro y me dijeron que me hiciera un electro en mi Centro de Salud.

Me fui a urgencias, me atendió un señor que, después de hacérmelo, me dijo: "ESTO ES DEL ACEITE". Miré al suelo, pero yo no tenía ningún charco... Me gustaría preguntarle a este señor de dónde salía el aceite.

Agradecerle a mi médico de cabecera las veces que me ha atendido y las que me atenderá; también hace de psicólogo, es amigo cercano. ¡Gracias, D. Rafael!

No puedo olvidar a M^a Jesús, su enfermera, y la que me llevaba también, cuando me tocaba por algo analítica. En cuanto me veía me hacía pasar la primera para que no estuviese en contacto con otros enfermos

Otra experiencia sumada ya a lo mal que me encontraba. Una noche me dio de nuevo un dolor en el lado izquierdo; pero era diferente, bajo las costillas, me costaba respirar, iba en aumento. Estaba conmigo Manolo. Llamó al Centro de Salud y no tardaron en llegar a casa enseguida, nos

dijeron que era un cólico; así fue un cólico nefrítico (espero expresarlo bien). Me puso una inyección y pasé la noche tranquila; al día siguiente, de madrugada, venía a buscarme la ambulancia para revisión en Madrid.

Estando en urgencias, ya en Madrid, me repitió; estaban conmigo el doctor Gómez Bueno y la doctora Cossío. Les acababa de contar lo ocurrido en la noche anterior, vieron cómo me dolía de nuevo; enseguida me pusieron calmantes en vena y pasé a la planta unos días, y a casa. Todo se empezaba a complicar ya no me quedaban fuerzas.

Tenía tantas horas de soledad, y digo soledad porque yo tenía que estar en mi casa, no podía cargar a mi hermana o a mi hija con mi problema, aunque no sabía cómo me tenía que poner, si empeoraría mucho. Me refiero a cuánto tenía que pasar, si iba a necesitar mucha ayuda, si iba a depender de alguien robándole su vida, su tiempo..., pero por otro lado implorando cariño, poder hablar de cómo me sentía de verdad, no lo que exteriorizaba, que era no dejar ver que los necesitaba.



Con mi hermana y Marta, en la fiesta del Colegio donde fue dama.
Recién trasplantada.

Quería hablar abiertamente de mis sentimientos, que en esos momentos, en esos tres últimos años de mi vida anteriores al trasplante, estaban siempre a flor de piel. Me armaba de valor luchando con la fatiga y el agotamiento, que ya eran mis compañeros; me ponía el chándal con mil fatigas, cogía el coche y me iba a ver a mis niñas, no podía pasar sin verlas; procuraba, al entrar en su casa, que no se me notase nada y me iba con una inyección de vida.

Enfrente de mi casa, muy cerca, han abierto un Mercadona. Sacaba unas poquitas fuerzas y, como no podía ir andando, sacaba el coche y lo metía en el parquin; cogía un carrito y me apoyaba en el, caminando muy despacio, así disimulaba como que miraba las estanterías y hacía mi compra.

También era bueno que me moviese para no sentirme peor viendo que necesitaba ayuda; al final lo conseguía y me decía, otro día que no he molestado, que no irrumpo en la casa de mi hermana, que me limpiaba la casa y me traía comidas hechas... la pobre no vivía.

Al tener al lado a mis sobrinas, lo han sufrido mucho. Mis ingresos, que algunas veces cuando eran muy pequeñas han estado en urgencias, hasta que le dije a mi hermana que solo fuese, pasase lo que pasase, cuando ellas estuvieran en el cole; un hospital no es sitio para los niños.

Mi hija, desde Cádiz, me llamaba a diario y digo lo mismo, he tratado de decirle lo menos posible, hacer grandes esfuerzos cuando hablaba con ella para que no notase nada raro. Creo ahora que me equivoqué, tendría que haberla tenido más informada, pero por otro lado como le explicaba todo lo que ahora ella puede sentir sin contárselo, así nunca ha visto o eso creo que su madre podía marcharse, es fuerte y ahora me tiene; trato de disfrutar de ella todo lo que me deja claro.

Víctor creo que lo vive a su manera; nunca ha sido consciente de mi enfermedad. No sé, supongo que es un escudo. Pero equivocado.

Cuando algunos de nuestros padres falta, todo cambia, y eso ocurrió con la marcha de mi padre. Hasta entonces, se celebraban casi todas las fiestas con ellos; por ejemplo Noche Buena: salíamos a cenar los hijos con los respectivos a casa de los suegros y así en Noche Vieja coincidíamos todos los hermanos (los cuatro) en casa con nuestros padres.

Cuando faltó mi padre quedamos en hacerlo cada año en una casa de las nuestras y traer a nuestra madre. Así se hace; bueno, lo hacemos tres, pues uno no quiso y eso es respetable, siempre hemos estado juntos, tengo muy buenos recuerdos de esos años. Empezó en casa de mi hermano Santi, por ser el mayor; fue el primero, en la Noche Vieja del 2007, ¡¡¡cómo lo pasamos!!! Cómo reímos hasta las nueve de la

mañana: se disfrazaron, bailaron... Yo, a esas alturas del cuento, solo miraba; pero me lo pase pipa.

Las del 2008 fueron en mi casa. No sé cómo tuve fuerzas para hacerlo, pero no salió mal del todo. Lo preparé todo con tiempo; despacio, no podía correr, cenamos, reímos, siempre lo hemos hecho. Después de las uvas no bailamos, creo que sabían cómo estaba, o yo, con la cara, lo decía todo aunque estuve muy a gusto y dando gracias de haber podido hacer ese esfuerzo, porque valió la pena. Estuvimos charlando, contando chistes y recordando anécdotas vividas en ocasiones.

Así nos dieron las 5 de la mañana; de verdad que pasé ratos, cuando me iba a la cocina, de creer que no podía más. No puedo expresar ya hoy como me encontraba, porque ya lo veo como un sueño y muy lejos.

Cuando se marcharon me puse a recoger lo que pude y fregar. Creo que lo puse peor, pues no podía hacer casi nada y los movimientos del cepillo para barrer y la fregona era imposible; pero me iba al hospital y por lo menos lo más gordo se quitó.

El 2 de enero ingresé de nuevo en Puerta de Hierro; ahí ya me dijeron que estaba en lista de espera, que me daban unos cuatro meses. Estuve ingresada quince días. Me fui de alta habiéndome puesto en vena una medicación que antes no me

habían dado: era un suero; me marché a casa. Los primeros días estuve incluso de compras, con mi hermana y sobrinas; hacía mucho tiempo que no me sentía tan bien.

Cuando vine de este ingreso mi hermana vino a casa y la estuvo limpiando. No veas el agua que soltó el suelo.

Pero a primeros de febrero volví a ingresar: ya me llevaba la ambulancia, porque yo no tenía fuerzas. Fue lo mismo: pruebas y de nuevo el suero y a casa; pero ya no me fui tan recuperada. Salí en silla de ruedas, y llorando al decir adiós a las enfermeras del control.

A primeros de marzo volví al Hospital; los ánimos decaían, pero la esperanza no. Como desde enero ya me habían dicho que me habían puesto en lista de espera de trasplantes, cuando empezaba a desesperarme, procuraba estar tranquila; no podía comer ni moverme y, desde enero, Manolo se quedaba conmigo a dormir; tenía que ser un coñazo: levántame, ponme el pijama, súbeme el pantalón...

Ya no tenía fuerzas para nada; mi hermana, con la maleta hecha, por si nos llamaban en cualquier momento, acudiendo a limpiarme la casa y a llevarme algo de comida como ya he comentado. ¡Qué mal estaba! Mi hija, esperando la llamada telefónica; Manolo, organizando para tener días libres.

En estos años de mi vida, desde los 27 a los 49, en que he sido trasplantada, no han sido agradables pero no quiero que en estas páginas se vea el dolor o la soledad, aunque siempre haya estado una persona en mi cabecera y la dificultad mental que conlleva asimilar la situación. Tampoco puedo decir que todo lo que he pasado pueda olvidarlo; eso es imposible.

Es muy duro y hay muchos obstáculos en el camino, mucha pena por las ausencias, por no recibir una llamada determinada...; en definitiva, tratar de que los demás sientan como tú y eso es imposible, en los sentimientos nadie manda y cada uno los gasta donde quiere. Yo gasto los míos con quien ha gastado los suyos conmigo y tengo suerte de haber tenido mucha gente.

Sólo pretendo llevar a las personas que estén en mi situación un rayo de esperanza, **que nunca hagan suyos los síntomas que otros cuentan que tienen**, que cada persona no vive los mismos, aunque el final, en algunos casos, solo en algunos, sea el mismo.

Hacia el seis o siete de abril ingresé de nuevo, pero esa vez, cuando pasaron los doctores, dijeron que ya no me podía ir a casa: había que esperar allí el ÓRGANO, y no de música, precisamente. Allí pasé Semana Santa: no me movía del sillón de la habitación, sentía tanta pena por pasar esas fechas entre

esas cuatro paredes, para algunos sin importancia pero ¡cuánto me han dado los que sí han estado conmigo!

En casa hacía tiempo que comía papillas de bebé. La digestión la hacía tirada en el suelo con una manta (después de probar de todo en esos años descubrí que así no me molestaba el estómago, o a otro órgano que ya no cabía en su hueco y no daba abasto a los demás).

Al día siguiente me dijeron que me incluían en la LISTA CERO. Yo sabía lo que significaba por uno de mis ingresos.

Fue la primera vez que estaba en la tercera planta del antiguo Hospital Puerta de Hierro, la de trasplantes. Entonces se compartía habitación: había una familia de un pueblo de la sierra de Madrid y la enferma era una niña de dieciséis años llamada Guiomar, ellos me dijeron lo que significaba la lista cero y que la niña estuviera en ella. Ella esperaba un pulmón, era su segundo trasplante. Pero, después de llevar unos días ingresada y ver cómo estaba esa criatura, que no podía respirar, yo me salía mucho de la habitación para dejarles solos y dejar el aire para ella, que le hacía tanta falta.

Empeoró tanto que el mismo día que la metían en la UVI para entubarla, llegó el donante; la operaron con éxito, está bien. Los llamo de vez en cuando y la niña está muy bien; la última vez hablé con ella personalmente.

Lo paso muy mal. Yo nunca había vivido tan de cerca esa situación, me asusté tanto que decía que yo no llegaría a eso... que no quería ni pasarlo ni que pasaran eso por mí, pero lo cierto es que, cuando entras en ese embudo (permítidme que lo exprese así), no piensas en nada; tu día a día es tan monótono, tan malo, que no hay hueco en la cabeza para nada más.

Estar en la lista cero significaba que el órgano podría llegar en cualquier momento. Llamé a mi hermana, a mis hijos y a Manolo, y creo que a mis hermanos también, ¿o lo hizo mi hija?

No sé... tenía que decirlo claro. Mi hija y su novio Perico se vinieron conmigo; supongo que poniéndose de acuerdo con mi hermana para no dejarme sola; yo, la verdad, no me ponía en situación, siempre he pensado que la historia no iba conmigo ¡Cuánto me ayudó este pensamiento!

El día que llegaron, mi hija y Peri se marcharon a comer y a su regreso no se habían sentado cuando, a las cinco de la tarde, entró en la habitación una doctora vestida de verde y que yo no conocía. No puedo expresar lo que pasó por mi cuerpo; dije: “¿Ya?” “Tranquila, nos dijo, hay un posible DONANTE; hay que realizar muchas pruebas, pero, en un principio, puede ser”.

No puedo recordar, o mejor dicho, no puedo expresar esos momentos; toda mi vida pasó tan deprisa...

Pilarín se puso en contacto con la familia; yo no podía y mandé, creo, algún mensaje por móvil, entre ellas a mis compañeras Conchi y Prado, a las que mi hija les comunicó que había llegado el momento. Prado me llamó.

Yo hablé con mi prima Charin, que llamaba todos los días, igual que su hermana Mari; también llamaban Emilio y Mari.

En todo este tiempo mis amistades se han preocupado por mi estado de salud, me han llamado con frecuencia (nos seguimos llamando): Justo, Marina, a través de ellos Mari Carmen y Ana Gloria, Toni y Félix, M^a Antonia y Grati, al que llamamos "el padre"; todos los amigos más allegados por medio de mi familia y los amigos en común, amistades de hace muchos años, personas de aquí de Ciudad Real citados ya.

Mis primos de Chillón: Martina, Pepe, Isidoro, etc.

Sobre las 7 de la tarde llegaron Manolo, mi hermana y mi hijo; pasamos la tarde charlando y viendo la televisión, yo sin plantearme donde me metía y las posibles consecuencias.

En ningún momento lo pensé; después, sí lo hice. No sé qué pensaban ellos, pero creo que evitaban el tema. La tarde transcurrió tranquila.

A las diez y cuarto de la noche, creo, pasó de nuevo la doctora para confirmarnos que era MÍO; ni siquiera en esos momentos pensé nada negativo, las sensaciones se amontonaron de tal manera que todavía no puedo aclararme, aún pasados estos casi tres años. Tengo lagunas de esa tarde.

Quince minutos después, me cuenta la familia, me levanté de la cama diciendo: “¡voy al baño! ¡cómo me descuide vienen por mi!”. Ya ves, como si fuese necesario ir al baño para la ocasión.

Estaban todos tan cerca de mí, pero cada uno encerrado en su mundo, con sus sentimientos.

Una hora después del todavía 15 de Abril de 2009 me recogieron para llevarme al quirófano y no dio tiempo de besarse ni abrazarse, ni siquiera de miradas de despedida: solo un “adiós, hasta luego...” Los vi cómo se quedaban, hechos una piña, diciendo adiós con la mano; fue mejor así, si me hubiesen besado creo que no me voy. Mis hijos, Perico, Manolo y mi hermana; Mari, la mujer de mi hermano Santi, llegó un rato después de llevarme a quirófano, no me vio por pelos.

Traté de meterme en la mente de cada uno para sentirlos muy cerca. Ellos vinieron conmigo. Mi hermano Adrián, me dijeron cuando volví de mi viaje, llegó por la mañana. Mi sobrino Adrián también estuvo, pero no pudo verme por los horarios de visita.

Me esperaban muchas personas, todas de verde; algunos, con la mascarilla ya puesta; el primero en presentarse fue mi anestesista; dijo: “Pilar soy tu anestesista”. Empezaron a cogerme las vías y me puse muy nerviosa. Claro: cada uno por un brazo; enseguida dijeron, ¡venga para adentro!, y ya no sé más...



Pilar, 28 de abril de 2009, 12 días trasplantada.

Esa es mi primera foto con mi nueva oportunidad: no estoy guapa, pero estoy viva. La primera sensación que volví a tener es muy confusa; me sentía, no física, sino mentalmente, allí, viva, pero sin saberlo. No puedo expresarlo de otra forma: era ESTAR SIN ESTAR EN MI. Empecé a sentir algo muy poco a poco pero era muy agradable.

Se oye el ir y venir de las enfermeras y enfermeros. Me tocó uno que era un cielo. A mí solo me apetecía beber agua,

cuando me empecé a sentir veía una botella de “Solares” muy fría y me la bebía de una vez casi; le pedía agua tan seguido que el pobre me mareaba para retrasarlo, pues ya me había dado mi dosis, pero estaba tan buena, era el mejor de los manjares.

Después de unos días consciente no hice preguntas a mis médicos; no tenía curiosidad por detalles, lo importante es que estaba. No sé el tiempo que estuve en coma: si fueron días, horas; me da igual, el despertar mereció la pena.

Eso no lo controlo. Como solo veía que cada día estaba mejor ni pregunté por detalles. Cuando oí de nuevo voces familiares, no sabía dónde estaba, pero estaba muy tranquila; me costaba abrir los ojos, pero algo veía; me tocaban con un dedito en los huecos que dejaban los sueros, tubos etc. Debía estar muy hinchada, a juzgar por lo que vi en días sucesivos.

Me miraba las manos; es todo lo que alcanzaba a ver y estaban como el muñeco de la Michelin, y no sentía y veía nada más que tubos y cables pero no me dolía nada.

Creo que fue mi cirujano el que vino a verme; me preguntó cómo estaba, yo con movimientos le decía que bien pues estaba entubada y no podía hablar. Me preguntó si me dolía algo, le decía que no. Entonces me dijo si quería que me quitase el tubo, le dije que sí, y antes de empezar a contar ya había tirado de él; desagradable, pero dura poquito.

Qué alivio no sentir eso en la boca. Cuando pasó mi familia y me vieron así no se lo podían creer, mejoraba por momentos.

Me levantaron con mucha paciencia para poder moverme con tanto lio de cables y tubos. Me lavaron la cabeza, la tenía de pena; qué rato más agradable pasé con ellas, se reían, bromeaban con mis posiciones, yo también lo hice, me dejaron limpita y estuve levantada hasta la comida.

En la primera visita que yo recuerdo vagamente, mi hija me decía: “...eres una jabata...”; mi hermana: “... niña estás aquí, ya ha pasado todo...”. No sé que veían ellos pero riendo les decía: “...si...”, pero sin sentir nada y casi sin saber de qué me hablaban. Manolo quería mantenerse detrás y no abrió la boca; mi hijo, llorando, tampoco habló; mi hermano Adrián, decía: “¡...qué pasa, guapa...!”. También pasó a verme Perico y la mujer de mi hermano Santi. Después me han comentado que eso fue una experiencia que no se puede expresar. ¡Ufffffffffffffffff. Qué momentos! Me emocionarán toda mi vida. También estuvieron a verme Prado la novia de mi hijo y mi hermano Santi, el sábado o el domingo, no soy consciente de los días.

Cada vez que pasaban a verme les esperaba con tanta alegría que sabía a muy poco, pero yo ya podía hablar, me contaban cosas y me sonreía.

Qué alegría cuando, en esos días, fueron a verme mis doctores aunque no estuvieron mucho, no era la única, pero pudieron ver lo bien que estaba; yo me emocionaba enseguida, estaba tan sensible.

Mi hermana se marchó para poder volver el día que me sacaran de esa unidad y pasarme a la habitación. El mismo día que me sacaban se marcharon Pilarín, Peri y Manolo, para dar paso a mi primera enfermera, mi hermana, que llegó con horas de antelación de mi salida de UVI, pues mi salida de allí se retrasó por la falta de habitaciones en planta.

Al salir, bueno, al cambiarme de cama, lo pasé muy mal. Los celadores o auxiliares que había allí eran dos chicos, no me ayudaron, se pusieron a hablar y tuve que hacerlo sola... ¡qué pena de chicos!

En cuanto llegué al pasillo de mi planta se me abrió el alma; era una alegría, un explotar de sentir; parecía que no tenía nada, quería sentir el tacto de mi hermana, abrazarla... Uffffff!!! Ver a mis enfermeras, ¡qué bonito era todo!

No lo voy a superar nunca, no puedo evitar las lagrimas en muchas de estas páginas. Cuando me dejaron en la habitación pedí ir al baño; claro, la enfermera y mi hermana se llevaron las manos a la cabeza: ¡¡¡eso es imposible!!!, estaba llena de cables y era un cuadro.

Incluso, por lo visto, le dije a la enfermera: “¡pero, si ya he ido al baño en la UVI!”. Claro, como para creérselo la enfermera; no le faltó más que darme una colleja. Yo no me veía, tenía que ser un poema; si me pongo en situación, recién salida de un trasplante, el ir al baño era inviable, pero fui.

Salió la enfermera, y mi hermana, no sé todavía cómo, logró dejarme sentada en el baño; no quería perderme de vista y se quedó al otro lado de la puerta, con la oreja pegada y hablándome; era de risa, cuando se recuerda después. En esos momentos no sé qué se le pasaba a mi hermana por la cabeza. Me llevó a la cama, ¡qué bien me encontraba! Hablamos durante horas, nos reímos. Yo intentaba reír, pero no podía, lloramos. Los nervios afloraban, tuvo que ser la enfermera la que nos dijera que ya era hora de descansar.

De madrugada, cuenta mi hermana, me levanté echando hacía atrás las sábanas como si no tuviera nada, se tiró a cogerme; sólo quería acostarme, yo haciendo por ponerme las zapatillas que ella, con los pies, me retiraba. Hablaba, por lo visto, con un señor en la habitación, aunque estábamos solas, que luego resultó ser la bomba de hidrulina, o así creo que se llama; me dirigía a ese aparato diciéndole que si todavía estaba allí.

Claro, ponerme en el puesto de mi hermana luchando conmigo en esa situación pasaría por su cabeza de todo.

Después de un momento de lucha, y en vista de que no me dejaba, di una voz de mal humor y le dije: "¡Cojones, que me cago!". Perdón, no es la expresión más fina, pero lo escribo tal cual ocurrió; anda que no nos hemos reído después con las historias allí vividas.

Otro día nos dio la risa floja porque le daba mi opinión muy justificada de una doctora que un día pasó a verme. Mi hermana me oyó decir por teléfono que le iba a llevar un huevo de madera de esos que se usan para zurcir calcetines. (Las dos sabemos el por qué). De ahí el golpe de risa, que a mí me dolía una barbaridad. Ella se salió de la habitación pero yo la veía reírse por el cristal, y lo pase peor.

Ya era un estallar de nervios, dejarlos salir o ver que todo iba bien y que se reía conmigo, que recordábamos algunas cosas y nos sentíamos tan bien como si nada hubiese pasado.

Llamó mucha gente, otros me mandaban saludos con mis hermanos y familia, pero yo aún no podía hablar.

Cuando tuve fuerzas empecé a coger algunas llamadas, estaba muy débil. Parece mentira que incluso en esos momentos haya morbo: lo hay..., tristemente lo hay. También se aprende mucho de estas vivencias: quien llama por cariño y quien, como he dicho, por morbo y por cumplir.

La siguiente enfermera fue mi hija. Charlamos, jugábamos con papel y lápiz; ella se reía de mi pulso, no se entendía casi nada de lo que escribía pero me entretenía y pasaban las horas y yo cada vez estaba un poco mejor.

Al principio estaba como para robar panderetas; pasamos unos días muy tranquilas, yo ya me daba paseítos en la habitación y ella de reajo me vigilaba. ¡Qué torpe estaba, pero cada día CON UN NUEVO RETO! Salí de la habitación por primera vez; sentía tanto miedo, pues esa habitación era mi casa, allí nada me hacía daño: salir fue el primer reto.

Estuvo bien; ese día me peinó como la Tonta del Bote, con unas trenzas, pero me decía: “¡...qué guapa estás...!” y yo me cogía de su brazo y, ¡hala!, a pasear.

Volvió mi hermana, ya estaba recuperadita; bueno, quiero decir con algo más de fuerza; luego Manolo, y a casa unos días.

Preguntamos a mis doctores si podía ir en coche y, claro, con cuidadito sí que podía y emprendimos viaje para ver todo lo que había dejado. Volvía a verlo todo llena de emoción y llorando como una niña.

Tengo que decir que tengo un poco de cacao mental con los turnos de mis cuidadores: lo mezclo todo.

Mi amiga Caru me veían cara de hambre, pues también me llevó jamón, langostinos y tortilla de patatas.

Cuando le tocó el turno a Manolo, para no haberse visto nunca en esas situaciones, lo hacía bien: me ponía la cuña y todo, y también me obligaba cada día a dar un pasito más; al principio, daba en tres metros 48 pasos, con eso lo digo todo.

Fue a verme Caru. Sé que pasó a la UVI, en biopsias posteriores. Mis primas Charin y Mari no habían ido por el aislamiento. Estando mi hija, fue Aníbal, amigo del antiguo Hospital Puerta de Hierro. Charin me dijo si podía hacerme una pregunta: “¿Sigues queriendo a los mismos?”. “Siíiiii, a ti también”. Las dos reímos.

Tenía el horario cogido y me llamaba siempre a la hora de la cena (¡qué pelma!, es broma); nos reíamos con eso. Y todavía hoy lo hacemos. El día que cumplí dos años hablamos dos horas. La primera en felicitarme fue mi hermana y se ha celebrado en casa durante tres días. Con mis hijos, mi madre y ellos que subieron. Mi cuñada Mari y mi hermano Santi me mandaron, en mi primer año, un ramo de flores muy bonito y felicitaciones de mi hermano Adri, mis sobrinos y su madre, mi cuñada. También de amigos que se acordaron.

El empezar a VIVIR, a sentir de nuevo, era una ilusión. Sensaciones que hacía tiempo no tenía volvían poco a poco y,

aunque con mucho miedo, albergaba muchas ganas de seguir adelante.

Igual que poco a poco dejé de hacer muchas cosas, y dejé de vivir, lentamente lo he ido recuperando. Hacía gimnasia, bueno, como podía, pero me movía; caminaba deprisa y podía comer, respirar y dormir con una almohada, incluso reír. Me animaba la expresión de mi cara, el color de mis uñas, cualquier cosa que para cualquiera son cosas normales para mí era... no puedo explicarlo... Y en el mes de julio nadé, muy despacito; me di el gustazo de correr (bueno, yo así lo veo) unos minutos. Ya he dejado de ir en ambulancia; nos vamos en AVE, acompañada, y luego en el transporte público. En una palabra, ¡¡¡VIVOOOOOOOOOOOOOO!!!

Me llamaron por teléfono amigos, los más allegados, los que tienen que estar, mis primos Mari y Emilio, mi cuñada Loli y mi sobrina Elena, creo que a los demás ya los he citado.

He conocido a Pedro y señora de Albacete; le trasplantaron unos meses después que a mí. Cuando salí de la UVI estuvo a verme y se puso contento de verme tan bien pues yo ya estaba sentada en el sofá. Antes del trasplante traté de ponerme en contacto con alguien que ya hubiese pasado por el trance, pero no tuve suerte. Luego lo conseguí. También hablé un día con la Federación de Trasplantados de Corazón de España, con su Presidente, Emilio, también trasplantado;

también con la Asociación en Castilla la Mancha, que está en Toledo.

He conocido al presidente de la Regional (no de fútbol). Hace unos días, en el año 2011, se puso una mesa informativa en el Campus Universitario de Ciudad Real, y tanto en Medicina como en Enfermería, tuvimos una muy buena acogida y más de cuarenta donaciones.

Dependencia del hospital

Hay que decir a nuestro favor que ya no es como antes. La llegada a casa tiene que ser normal sin excentricidades; precauciones, un poco más que en nuestra vida cotidiana y no os olvidéis de poneros la mascarilla, nos protege mucho. Nuestros acompañantes, aparte de mucha higiene, ya no tienen que usar mascarillas ni las enfermeras tampoco, ni nuestros doctores.

Eso te tranquiliza mucho. Llega un momento, en el transcurso de este largo camino, en que sólo nos encontramos seguros, o al menos ese es mi caso, en el hospital, en manos de nuestros cardiólogos. Las enfermeras/os son muy amables y cariñosos; cuando les llamo por algún síntoma que desconozco tratan de ayudarme y sus palabras siempre son de cariño.

Cuando salimos de allí, estamos en casa y algún día llamo a los doctores porque algo me preocupa o son síntomas nuevos para mí, se ponen en contacto conmigo y solo con oírles: "tranquila, que todo está bien", es cierto que mejoro.

Ese cordón umbilical, que cuesta tanto cortar con ellos y no creo que se corte nunca, aunque no hay más remedio, se nos pasa haciéndolo con alegría y ganas de vivir. Pero sabemos que ellos están ahí. Agradecerle a Rosa, la secretaria de

Cardiología que es la primera con la que hablo cuando tengo alguna duda o síntoma, su paciencia y aliento para tranquilizarme y la rapidez con la que transmite a los doctores mi estado, gracias.

UN SUEÑO

Haber como te lo cuento, como te hablo de mí

Te diría que he sido un sueño, y en el sueño me dormí

Desperté..... queriendo ser sueño, de mi sueño nada aprendí

Quiero dormir ¡!!!! Despertarme, volver a saber de ti.

Que el sueño viva mi vida, quisiera de nuevo sentir.

Despertarme de este sueño, que nadie conoce de mi.

Si todos dormimos, soñamos ¿? Quiero creer que es así.

Así no siento el vacío, por no saber nada de ti.

PARA TI , POR TI Y LOS DAÑOS COLATERALES.

Mi primera alta

Fue a los 12 o 15 días. Para el “día de la madre” me dejaron salir para el puente del 1º de Mayo. Estaba allí Manolo y preguntamos si podíamos hacer el viaje en nuestro coche; nos dijeron que sí, y salimos. Mi primer contacto con el exterior fue alucinante: salir de allí y, sobre todo, cómo salía de bien. La calle, la gente, los árboles, los sonidos... todo; quería meter en los pulmones todo el aire posible.

Hice el viaje muy bien. Manolo conducía con mucha prudencia, para que no notase los baches ni nada: ¡estaba tan tierna...!

Me quería empapar de todo; era una sensación tan nueva. Se me saltaban las lágrimas por todo. Cuando nos acercábamos a nuestra zona, ver los paisajes y edificios que ya conocía..., me embargaba la alegría, junto con más sensaciones y, ¡hala!, a llorar otra vez.

Llegamos a casa de mi hermana. ¡Qué pequeña me sentía y como si todo me hiciese daño!, pero qué alegría ver a MIS NIÑAS. Lloré, ya no podía más. Quisieron ir a verme al hospital, pero mi aislamiento y las circunstancias no lo permitieron, pero para mí estaban conmigo: todos los días me llamaban.

Los días en casa de mi hermana pasaron rápido; por eso dicen que lo bueno es breve, es así, mis niñas pendientes de si me hacía falta agua o de darme las pastillas.

Mi cuñado Alberto... creo que nunca se lo ha creído, jajaja, en eso influye mi recuperación, tampoco he sido mala enferma, ¿no?

Entre 15 y 20 días estuve allí. Ya digo que tengo un poquito de cacao con fechas. Luego, después de una de las biopsias, regresé a casa; todo parecía tan diferente de cuando salí que es inexplicable.

Me sentí insegura sin mi hermana, sobre todo en mi primer baño sin ella. En su casa era un espectáculo: las cuatro en el baño y el perrillo Cherokee; se reían de mis miedos y mi hermana me decía: "Vamos, abuela, pues no tiene miedo". A mí me daba la risa. No le he preguntado si ella no sentía miedo de ver esa herida y curarla.

Allí en su casa me comí mi primera pizza, hecha con todas las precauciones, y totalmente artesanal; se me caía la baba, literalmente, se me cayó, de hambre, gusto y felicidad.

Al principio estaba muy sensible. Depende de con quien hablara, enseguida me emocionaba y lloraba; de todas formas cuando algo me llega a lo más profundo lo sigo

haciendo. Claro que hay que sumarle ciertas reacciones de personas que no las entendí, ni las entiendo hoy, pero...

Muy pronto empecé a engancharme a mi nueva vida; iba a Ciudad Real en autobús, eso sí con mi mascarilla, me hacía sentir más segura. Aún no conducía, salía a comprar, en fin, a vivir. Empecé a conducir trayectos cortos a los tres meses.

Las biopsias, al principio, se hacen pesadas; más tarde cuando empezaron a hacerlas por el cuello, ¡que comodidad, te puedes mover nada más llegar del quirófano!, y, si todo está bien, puedes marcharte para casa.

También los temblores están disminuyendo, creo. Al principio, y hasta hace poco, solo escribía y mal, en mayúsculas (bueno, aún no se han ido). De ahí las risas de mi hija cuando jugábamos y de todos después, cuando me ven hacer algo concreto.

Me da igual; si tiemblo, que tiemble. Lo malo es cuando derramo agua o se me cae algo; los tapones son los peores... los hacen tan chicos, jajaja.

Esta ha sido mi experiencia. Es muy positiva y espero que larga. Quiero recordar a todas las personas que estén en una situación similar a la que yo he vivido, que no se rindan y que luchen, porque merece la pena, que aquí estoy yo, además de una larga lista de trasplantados. Esto no hubiese sido posible sin:

El primer doctor que ve algo raro.

El primer cardiólogo que te da un diagnóstico.

El Dr. Luis Ruiz Valdepeñas, de Ciudad Real, persona muy seria, pero entrañable, y todo el equipo que en estos años me ha atendido: Dr. Celemín, a quien a veces he visto y no me ha reconocido, es normal; Dr. Camacho, muy abierto y quien da confianza, y, en general, a todo este equipo.

En los años que he llevado el DAI, mi agradecimiento al equipo que me operó en Puerta de Hierro y me veía cuando ingresaba.

Al doctor D. Juan Venecet, en Ciudad Real, quien, en una ocasión, me atendió en urgencias porque el aparatito no saltaba ante una arritmia que él controló, eso si durmiéndome, no me entere de la descarga. Me citaba y cita en su consulta para controlar la evolución y todo va bien. La última vez que lo he visto fue en Enero del 2011; estaba tan relajado que nos contó un chiste, nos reímos todos, tiene unas enfermeras

estupendas; a la que más tiempo hace que conozco es a Carmen, un encanto.

Y mis grandes aliados por formar parte de mi última etapa y con los que viví los últimos meses:

Dr. Alonso Pulpón, al que conocí como ya he comentado, hace muchos años, le veo con una seguridad..., aunque distante..., cosa que entiendo de todos.

Dr. Segovia, con una expresión muy agradable que inspira serenidad, confianza.

Dr. Gómez Bueno, es con el que mejor hablo, es muy cercano; me da corte llamarle de usted, protocolos..., dicen que el usted aleja y envejece.

Dr. Cosío, muy joven, aparte de profesional, y una gran persona; te habla con un cariño que te convence... “¿Pilar, qué te pasa? Mujer que todo va muy bien....” Gracias.

Por supuesto, a todos los equipos, en todos los terrenos, que me han llevado de arritmias, endocrinos, en principio en Puerta de Hierro, luego en Ciudad Real; doctora Gema, antes mencionada, doctor Aguirre, que repito es un profesional que me sigue llevando.

A los que, desde su anonimato, nos cuidan; a nuestros acompañantes que, en ocasiones, sufren más que nosotros y tratan de demostrar que no pasa nada, que dejan sus trabajos, sus parejas, sus hijas, sus vidas para unirse a nosotros en esta carrera... HACIA LA VIDA.

Gracias a todos, a los turnos de enfermería, de auxiliares, equipos de limpieza... a todos ¡GRACIAS!

Y, PRINCIPALMENTE, A ESOS PADRES, HERMANOS, QUE, CON EL MÁS PROFUNDO DOLOR, EN UNOS MOMENTOS TAN DELICADOS, DECIDEN DONAR LOS ÓRGANOS DE SUS SERES MÁS QUERIDOS PARA SALVAR NUESTRAS VIDAS... ASÍ, SÍ ES POSIBLE. Sabed que vuestros seres queridos viven en nosotros.

Cómo voy a olvidarme de las piezas clave de todo esto: mis cirujanos. No se les conoce; aunque van a verte, es imposible recordar sus rostros en esos momentos, ahí están los milagros en sus manos.

A ustedes, que pasan horas y sus vidas salvando las nuestras:

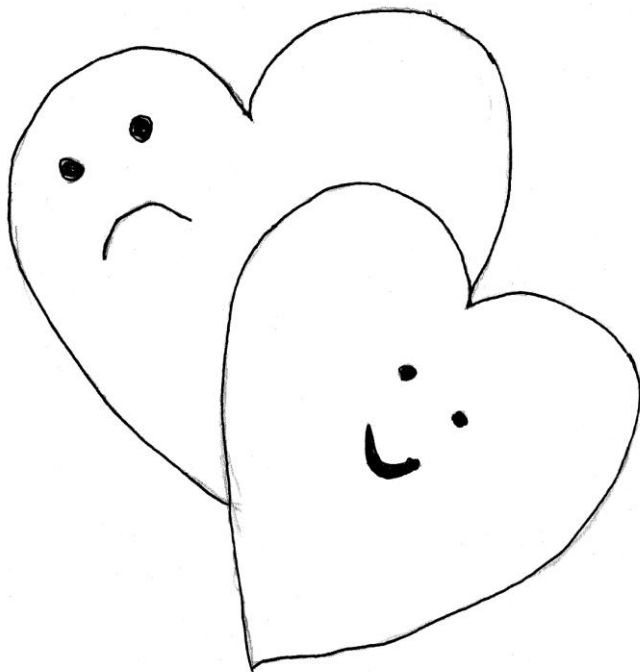
Doctor Montero/Doctor Ramis.

Espero con estas páginas que las personas que se encuentren en esta situación vean que sí hay luz al fondo del pasillo, que no pierdan las fuerzas en el trayecto, que los

milagros existen y que los llevan a cabo estos profesionales. Yo me hice donante hace muchos años y me he convertido en receptora.



Pilar, diciembre de 2009



GRACIAS